

## UN DÍA A LA SEMANA

El hecho sucedió un martes, pero podría haber sido un día cualquiera, no importaba. La esencia del acontecimiento era atemporal.

En este barrio periférico de la gran ciudad nada se modificaba, ni sus calles de tierra que las lluvias transformaban en un barro pegajoso, ni sus casas deterioradas y pobres que parecían estar en sintonía con el paisaje decadente.

Sus pobladores habían naturalizado la situación, a tal punto que las promesas de tantos políticos, para transformarlo todo, ya no eran ni siquiera consideradas. La apatía había irrumpido como un gran monstruo difícil de someter.

La escuela seguía siendo el único lugar para encontrarse con la capacidad de mutar hacia una vida distinta, aunque la indiferencia también había alcanzado el lugar.

La droga, como una forma de olvidarse de la realidad, era consumida sin importar sus consecuencias, el paco era un integrante más de las familias, destruidas en gran parte por este flagelo que no miraba a quien tentar. Carencias y tristezas, eran lo único que ellos tenían.

La música y los libros, el juego y el teatro eran formas de disfrute que parecían no pertenecer a este sitio humillado por tantas ausencias. Hasta que ese martes, a la siesta, ellos llegaron, tímidos, tal vez hasta asustados, a intentar provocar una metamorfosis, tal vez un imposible.

Bajaron del colectivo con bolsas de distintos colores, muchas, como su entusiasmo, y tomaron la plaza. La llegada causó curiosidad, algunos vecinos desde las ventanas corrieron apenas las cortinas, otros salieron de sus casas y los chicos con sus ojos muy abiertos observaron todo, sin entender nada.

Polleras coloridas y a rayas, zapatos inmensos, pantalones a cuadros, sombreros enormes y muchas narices coloradas formaron parte de la escena. Comenzaron a vestirse ayudándose unos a otros, luego suspendieron una gran sogá, firme y fuerte entre dos inmensos árboles, para colocar un instante después, en el piso de tierra, muchos libros que salían por arte de magia de una de las tantas bolsas de consorcio. La música acompañó la situación con un ritmo cadencioso que fue difícil desapercebir.

Los niños lentamente se acercaron, luego los mayores y alguno que otro adolescente desconfiado, y comenzó el espectáculo. Risas suaves al comienzo y luego grandes carcajadas invadieron el espacio, junto a la admiración que transmitió una pareja de jóvenes al caminar acompañados por el equilibrio preciso.

Después las palabras y las historias de hadas y magos, junto a las imágenes de lugares lejanos, iluminaron el ambiente. Chocolates, galletas, chupetines y caramelos formaron también parte de esta intensa tarde de martes.

La historia se repitió todas las semanas, a veces los martes, a veces no.

La gente del barrio los esperaba ansiosamente; al principio sólo por diversión, luego para aprender en los talleres de tela, en los de acrobacia, en los de lectura y en aquellos relacionados con la música.

Y así increíblemente la realidad se modificó, aunque sólo fuera por algunas horas en las siestas de invierno o en los atardeceres de primavera y verano. Así descubrieron que la vida les prestaba un poco de los placeres que transformaban sus colores grises en brillantes, algo que llegaría felizmente una vez a la semana.